

Nostalgia y ciudad

Consideraciones sobre el envejecimiento,
la experiencia urbana y la inclusión

por Héctor Quiroz Rothe

fotografías: Proyecto Fotográfico-Gerontológico Diálogo



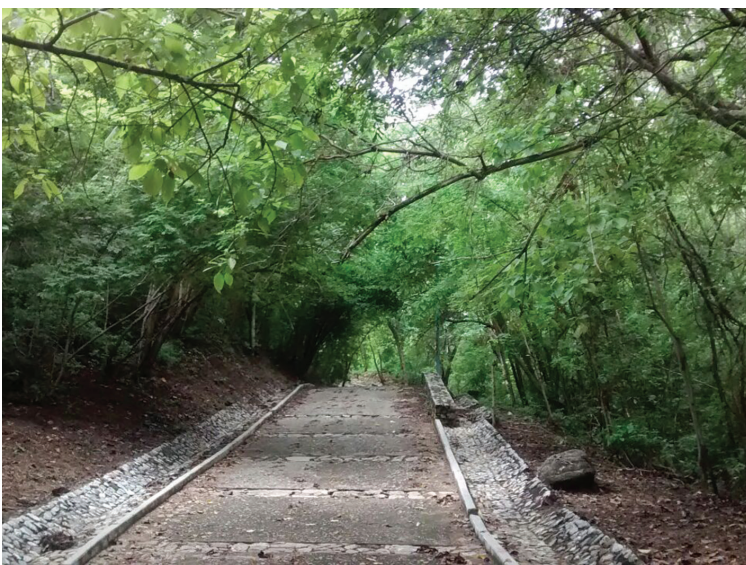
RESUMEN Frente al envejecimiento poblacional de nuestras ciudades se precisa atender las crecientes necesidades de la población adulta mayor, no sólo a través de equipamientos y servicios especializados, puesto que fortalecer el tejido social es igualmente relevante. A partir de experiencias dentro del aula y de investigaciones en campo, el presente ensayo propone una reflexión, que valora tanto la memoria viva como la nostalgia para fortalecer la comprensión mutua, el arraigo y la identidad, tan necesarias para construir ciudades más justas e inclusivas.

ABSTRACT Faced with the aging population of our cities, we must address the growing needs of the older adult population not only through specialized facilities and services, but also strengthening the social fabric which is just as relevant. This essay, informed by classroom insights and field research, advocates for valuing living memory and nostalgia. By doing so, we can foster mutual understanding, strengthen roots, and reinforce identity, paving the way for more just and inclusive cities.



Arriba
«Laberintos»
Beatriz Avelar
Villegas
2024.

Abajo
«Intención»
Alma García Jiménez
2017.



Hace algunos años, en este mismo espacio, reconocía frente a los acelerados cambios del paisaje de mi ciudad un sentimiento de nostalgia prematura.¹ Me refería entonces a la desaparición de muchos hitos espaciales de mi infancia y juventud. Todavía me sorprende, cuando manejo sobre el segundo piso, sumido en mis tribulaciones de urbanista, la imposibilidad de reconocer paisajes que fueron importantes en mi vida. De entre los espacios desaparecidos más entrañables están las salas de cine, algunas pertenecientes a la generación de palacios que adornaron con marquesinas luminosas las avenidas del Centro Histórico. Aquellos cines que evocaban recuerdos a mis padres y sus contemporáneos y que yo interpretaba como un *Cinema Paradiso* de la colonia Doctores. En realidad, mi adolescencia de *Volver al futuro* disfrutó de espacios menos espectaculares; pienso en los multicinemas de la cadena Ramírez que complementaban la oferta de entretenimiento de centros comerciales o cadenas de supermercados. ¿Quién podría lamentar la pérdida de esas arquitecturas prefabricadas y banales? Ahora, a mis 50 y tantos, puedo decir que sí siento alguna nostalgia cuando constato que donde estuvo el cine Pedregal 70 ahora se levanta un complejo residencial de lujo o que el cine y la Torre Manacar fueron reemplazados por otra torre más grande y un centro comercial. Quizás el cambio más lamentable sea que la Sala de Arte Agustín Lara, donde vi a los siete años la *Guerra de las galaxias*, fue demolida para ampliar el estacionamiento del supermercado contiguo. Aquellas fantasías proyectadas en haces de luz se disolvieron en el asfalto. Sólo se conservan —junto con aquel recinto y aquel momento— en la memoria.

Afortunadamente disponemos de este recurso mental para darle sentido al espacio cotidiano, incluso a un baldío como ése, un auténtico no-lugar en espera de convertirse en algo más rentable, en la lógica del mercado inmobiliario que configura de modo implacable la forma de nuestras ciudades y que borra inevitablemente los componentes más tangibles del paisaje urbano.

En el penúltimo Taller de Producción de Documental que se imparte en la licenciatura en Urbanismo, le propusimos a los estudiantes documentar la relación de los chilangos con los espacios dedicados a la exhibición cinematográfica. Hubo un trabajo sobre la Cineteca Nacional (antes de que multiplicara sus sedes) que analizó cómo su oferta convoca a cinéfilos de las periferias más distantes y de paso exhibió que también centraliza la oferta cultural en la zona metropolitana. Otro equipo documentó la emergencia de nuevos cineclubes comunitarios patrocinados por programas institucionales del sector cultural. Pero en general, percibimos que los jóvenes universitarios actuales tienen una relación más bien distante con este tipo de espacios, aquellos que fueron para los más viejos entornos de socialización

1. Héctor Quiroz, «Urbanismo: entre la racionalidad y las emociones», *Bitácora Arquitectura*, núm. 30, 2015, pp. 4-13.

muy importantes, como quedó plasmado en el testimonio que registró otro grupo al entrevistar a un familiar que participó activamente en la creación del cineclub de la Escuela Nacional Preparatoria en los años 60 del siglo pasado.

A partir de la Revolución industrial, la tecnología ha modificado nuestra relación con los entornos construidos y con la ciudad.² En el siglo xix, los ferrocarriles estuvieron detrás de la expansión suburbana y la electricidad permitió el crecimiento de la vida nocturna. Después, en el siglo xx, los vehículos automotores moldearon las calles y la cotidianidad urbana, mientras que la radio y la televisión trastocaron la intimidad del espacio doméstico para imponer la cultura de masas. Hoy es el turno del internet y de los dispositivos digitales portátiles, que han hecho obsoletas las salas de cine, con sus horarios restringidos y su programación acotada, así como los centros comerciales en vías de extinción en razón del avance del comercio digital.

La celeridad de los cambios impuestos por la modernidad ha expandido el sentimiento de nostalgia —que era propio de los más viejos— a ciudadanos cada vez más jóvenes. Hace poco un estudiante, a raíz de una nota aparecida en internet, lamentaba la desaparición de una heladería tradicional en la colonia Roma como una pérdida del patrimonio y de identidad local. La añoranza convertida en tendencia para incentivar el consumo ha propiciado la creación de espacios comerciales *vintage* para los nostálgicos de cualquier edad.

Juan Villoro en *El vértigo horizontal* (2018)³ señala que el chilango requiere de mecanismos compensatorios para sobrellevar la destrucción de su ciudad. Uno de los más eficaces es la memoria, pues establece un vínculo afectivo con la ciudad anterior, sumergida en la actual. Lo que se perdió como espacio tangible regresa como evocación personal; lo que antes era un paisaje ahora es nuestra autobiografía. Y añade... «No se necesita ser anciano para tener buenas nostalgias».⁴

Ciudades excluyentes: algunos referentes conceptuales

La disciplina del urbanismo tiene una deuda histórica con diversos grupos de población que comparten la ciudad, comenzando por las mujeres. Se ha dicho muchas veces que las ciudades de la era industrial fueron concebidas por hombres y para los hombres jóvenes en edad productiva. La amplia incorporación de las mujeres al mundo laboral desde hace un siglo ha obligado a que los entornos construidos —a pesar de todas las deficiencias que prevalecen— se adapten progresivamente a las necesidades de la población económicamente activa, independientemente de su género. Es evidente la

«Reflexionar sobre la experiencia urbana de las personas mayores no debería ser un tema secundario. La demografía nos advierte que como sociedad estamos inmersos en un proceso de envejecimiento».

alianza entre el capital y los proyectos urbanísticos y arquitectónicos que favorecen su reproducción, como vivienda, comercio, recreación, transporte y movilidad en general. De aquí la proliferación de torres de departamentos y oficinas, centros comerciales, equipamientos recreativos de toda índole y nuevos medios de transporte colectivo para aquellos ciudadanos-consumidores que puedan costearlo. Incluso el espacio público —esencia de la vida urbana— se vuelve una mercancía cuyo acceso es determinado por barreras físicas, pero también por otras intangibles que excluyen a aquellos que no sólo no tienen con qué pagar, sino que además no cumplen con los criterios impuestos por una mercadotecnia inmoral encubierta por el confort, la seguridad o la tranquilidad del usuario-cliente objetivo.

Pensamos en las infancias, las discapacidades, las divergencias y los cuerpos diversos, pero en particular en ese sector que lo políticamente correcto define como personas mayores: los cuerpos y cuerpos que han acumulado más años de vida y suman enfermedades o discapacidades, y experimentando cómo se reducen sus habilidades físicas, cognitivas y sociales. Para los ciudadanos más viejos, la edad es un filtro adicional respecto de un nivel de ingresos que posibilite el disfrute de la ciudad.

Aunque todos tenemos una imagen mental de lo que significa ser viejo, en efecto, es una condición de vida difícil de acotar objetivamente. De hecho, al igual que otros grupos etarios, la categoría de persona mayor es una construcción social relativamente reciente, derivada de una política social más consolidada en los países del norte global, que han contado con sistemas de seguridad social desde hace décadas. Me refiero a los jubilados o pensionados, una condición laboral que en el mejor de los casos conlleva una serie de beneficios económicos y fiscales. Las pensiones universales para personas mayores son una novedad en nuestro país. Sin embargo, resulta curioso que por decreto se establezca una edad para ser viejo, simplemente para poder acotar a la población beneficiaria de un programa público. En contraste, todos conocemos a adultas mayores que no sólo han sido productivas hasta sus últimos días de vida, sino que también han participado activamente en tareas de cuidado dentro de

2. M. Herce, *El negocio del territorio. Evolución y perspectivas de la ciudad moderna*, Madrid, Alianza Editorial, 2013.

3. Juan Villoro, *El vértigo horizontal. Una ciudad llamada México*, cdmx, Anagrama, 2018.

4. *Ibid.*, p. 61.

su entorno familiar y comunitario. También sabemos de viejos con ideas más frescas que un hombre joven en la plenitud de sus capacidades físicas.

Ser adolescente, niña o viejo, al menos mentalmente, es algo relativo. Tendríamos entonces que remitirnos a los criterios biológicos que aluden al desgaste del cuerpo o a los niveles hormonales, los cuales también pueden ser cuestionables, tal como plantean, desde la perspectiva de género, algunas teorías. No es el espacio para ampliar esta discusión, por lo que en este discurso nos apegaremos al hecho de que el envejecimiento biológico conlleva el deterioro o reducción de capacidades físicas, cognitivas y sociales que condicionan la experiencia y el disfrute de la ciudad. Lo anterior para retomar nuestra reflexión sobre el recurso de la memoria como mecanismo para sobrellevar las profundas transformaciones de los entornos construidos en los que transcurre la cotidianidad de los ciudadanos más experimentados.

Reflexionar sobre la experiencia urbana de las personas mayores no debería ser un tema secundario. La demografía nos advierte que como sociedad estamos inmersos en un proceso de envejecimiento. Actualmente en la CDMX residen poco más de un millón de personas mayores (de 65 años o más). Fuentes censales arrojan que 52 por ciento de la población mayor de 60 años presenta algún tipo de limitación, discapacidad física o mental. Se estima que en 2050 la población mayor de 60 años representará el 22 por ciento del total y muy probablemente superará la proporción de población infantil (Asamblea, 2022). Venimos de un siglo donde los menores de edad fueron mayoría y sus necesidades guiaron numerosas políticas y programas públicos. Hoy los equipamientos escolares están subutilizados en muchas colonias, mientras que la atención a las necesidades de las personas mayores es deficitaria. Sabemos que la población adulta mayor se concentra en las áreas centrales de la ciudad, son los sobrevivientes de la transformación de los espacios que fueron predominantemente residenciales hace más de 40 años y que hoy se han mezclado con otros usos no siempre compatibles con la vivienda. Lo anterior comprende unidades habitacionales, fraccionamientos residenciales y colonias populares de origen irregular donde se identifican problemáticas comunes a toda la ciudad, pero matizadas por la concentración de población envejecida con requerimientos específicos en materia de accesibilidad a servicios, seguridad o movilidad.⁵

A pesar de estas evidencias estadísticas, resulta sorprendente que la atención a las necesidades del creciente grupo de personas mayores no destaque en la agenda del urbanismo institucional ni académico. Las ciudades siguen siendo moldeadas para las y los adultos jóvenes en edad productiva y sobre todo para quienes son sujetos de crédito.

Ahora bien, ¿cuál es el interés de explorar la relación de la memoria con la experiencia actual de la ciudad y los sentimientos que evoca? Desde la psicología social, Martha de Alba⁶ señala que la recuperación y valoración de la memoria viva de las ciudades es una alternativa que da continuidad social y cultural a las distintas generaciones que coexisten en el espacio. Por una parte, ofrece la posibilidad de construir una ciudad más amable con las personas mayores, dándoles un lugar y respetando sus estilos de vida. Por otra, permite estrechar los lazos entre las distintas generaciones a través del conocimiento del pasado de unos y la comprensión del presente de otros. En resumen, hacer comunidad y ciudades más inclusivas y resilientes.

En este orden, la memoria de la ciudad se hace nostalgia en el momento en que es reconstruida a partir del deseo de una ciudad mejor en el presente. Presente y pasado se entrelazan en la interpretación de los hechos remotos. Las narraciones informan sobre experiencias vividas, así como sobre la situación presente, seleccionando ciertos eventos y olvidando otros. Es decir, el recuerdo se construye a partir de mi visión actual del mundo; sin embargo, en el discurso memoria-pasado se confunden los deseos y las necesidades actuales.⁷

Ante los profundos cambios que experimentamos sus habitantes, la CDMX puede entenderse

«Resulta sorprendente que la atención a las necesidades del creciente grupo de personas mayores no destaque en la agenda del urbanismo institucional ni académico».



5. A. Aparicio, *Implicaciones del envejecimiento demográfico en la planeación urbana de la Ciudad de México*, tesis de licenciatura en Urbanismo, CDMX, UNAM, 2019.

6. Martha de Alba, *Vejez, memoria y ciudad: entre el discurso cotidiano y el recuerdo de la vida cotidiana*, CDMX, UAM/Porrúa, 2013.



Ensayo

como dos ciudades simultáneas: la que resulta de su devastadora expansión y otra que está hecha de los evanescentes relatos de la memoria colectiva.⁸ Si las identidades colectivas se definen por los grupos sociales y por los espacios que hemos ocupado a lo largo de nuestra vida,⁹ entonces tales relatos resultan ser un valioso recurso para significar los entornos contruidos desde la identidad y el arraigo, aspectos imprescindibles para intervenir o construir la ciudad desde un proyecto urbanístico que posea una base social más sólida.

Diálogos entre generaciones

En el ámbito de lo privado, muchos hemos tenido la experiencia de escuchar los relatos de

los mayores concernientes a experiencias, momentos y emociones atados en su memoria a determinados espacios de la ciudad. En un ejercicio dentro del aula, que invitaba a los estudiantes a explorar los álbumes de fotos de sus padres y abuelos, descubrimos la recurrencia de ciertas situaciones y lugares de la ciudad. Por ejemplo: la basílica de Guadalupe, en La Villa, o el lago de la primera sección del Bosque de Chapultepec, como fondo de un retrato que incluye a varias generaciones de una familia. Gracias a la existencia de los fotógrafos callejeros, quienes generalmente producían estas imágenes, podemos afirmar que miles de familias capitalinas conservan la memoria impresa de aquellas visitas a algunos hitos de la ciudad. Y es que la fotografía es un medio preciado para evocar los recuerdos, en este caso de momentos felices y entrañables con la familia y amigos. Exponer y poder comprar en una sesión esas fotos, produjo en el grupo un sentimiento común de pertenencia, basado en la memoria colectiva intergeneracional.

Evidentemente se observaron otro tipo de imágenes, entre las que en este momento quisiera destacar brevemente un tipo que ilustra el recuerdo de otros espacios residenciales que suelen ser invisibilizados por las historias oficiales de nuestra ciudad.¹⁰ Me refiero a las colonias populares de origen informal, que constituyen la porción más importante del área urbanizada de la metrópoli mexicana, y específicamente a aquellas fotografías

caseras que conservan el testimonio del proceso de autoproducción de la vivienda familiar, es decir, el momento especial de la comida, del día cuando los abuelos colaron la losa de la casa, y que muchos chilangos también compartimos.

A continuación reseñamos un par de experiencias en las que hemos intentado profundizar en las posibilidades de la memoria viva, en relación con la construcción del arraigo y la identidad colectiva, por medio del diálogo entre las generaciones que residen en la CDMX.

Los tiempos pasados siempre serán mejores

Desde hace varios años hemos recopilado testimonios orales de personas mayores que vivieron su infancia en la CDMX entre 1930 y 1960. Se trata de un ejercicio independiente cuyos resultados han sido publicados parcialmente¹¹ y que, de alguna manera, se mantiene inconcluso debido al paso del tiempo y a la ampliación de sus límites temporales. Sin ser exhaustiva, la muestra representa diversas experiencias urbanas vividas por sectores de clase media y media baja. Los temas abordados en las entrevistas abarcan la vivencia de espacios cotidianos como la casa, la escuela y los espacios de juego; la movilidad en la ciudad y la seguridad en el espacio público. Estos últimos —por cierto—, temas prioritarios de la agenda urbanística contemporánea.

Originalmente, el ejercicio estaba vinculado a una línea de investigación más amplia sobre la forma como las infancias experimentan la ciudad, lo cual incluye la influencia de las personas mayores encargadas de su cuidado. Bajo la premisa de que nuestra relación con la ciudad está determinada por las experiencias acumuladas desde la infancia, nos pareció relevante conocer cómo fue la vivencia de las infancias que hoy son adultas mayores, dentro de un entorno profundamente transformado como la CDMX. Como referencia rápida, consideremos que en 1930 esta ciudad tenía apenas un millón de habitantes.

A pesar de las diferencias, también creemos que existen experiencias comunes entre las generaciones —en primer lugar aquellas que tienen que ver con algo tan propio de la infancia como es el juego— y también que el filtro de la nostalgia de los más viejos —como señala Martha de Alba— nos permite identificar las necesidades y deseos de tener una ciudad más amable e inclusiva.

Si bien todos los entrevistados y entrevistadas consideraron de manera unánime que los tiempos pasados fueron mejores, en sus narrativas

—

Arriba
«Meditación profunda»
Arturo Baillet Sánchez
2017.

Abajo
«Fluir»
Margarita Siller Acosta
2017.

7. *Ibid.*, p. 76.

8. Juan Villoro, *op. cit.*, p. 60.

9. Martha de Alba, *op. cit.*, p. 77.

10. Héctor Quiroz, *Aproximaciones a la historia del urbanismo popular. Una mirada desde México*, CDMX, UNAM, 2014.

11. Héctor Quiroz y Érika Alcántar, «Los compañeros de Carlitos. Infancia en la Ciudad de México a mediados del siglo xx», en *Infancia y vejez. Los extremos de la vida en la ciudad*, CDMX, Posgrado Urbanismo-FA-UNAM, 2017, pp. 45-74.

+

«DIÁLOGO». PROYECTO FOTOGRÁFICO-GERONTOLÓGICO

Las fotografías que acompañan este ensayo fueron realizadas entre 2016 y 2018 en el marco del Proyecto Fotográfico-Gerontológico «Diálogo», una iniciativa educativa y artística organizada con el apoyo del Instituto Nacional de las Personas Adultas Mayores (Inapam), la Universidad Iberoamericana Ciudad de México y la asociación civil Soy Pájaro A.C.

A través de un taller de quince sesiones, un grupo de personas mayores aprendió el uso de la cámara digital, exploró principios de composición y análisis de imagen, y reflexionó sobre la memoria, la identidad y los estereotipos y prejuicios en torno a la vejez.

Bajo la guía de un equipo interdisciplinario conformado por Amarilys Mercedes Torrado Ramos (coordinadora), Luis Manuel Montes Serrano (tutor de la investigación), Josafat Aguilar Rodríguez (profesor y facilitador sobre estética de la vejez) y Alejandra Juárez González (profesora y facilitadora de fotografía), se desarrolló un proceso de investigación-acción participativa, en el que se compartieron saberes y se fomentó la creatividad a través de diálogos intergeneracionales.

Al finalizar el taller, se organizó la exposición *Miradas convergentes*, en el Museo Casa del Risco, en San Ángel, donde se presentaron 30 fotografías tomadas por las personas participantes.

El desarrollo de esta iniciativa, la muestra e incluso la difusión del proyecto y de sus resultados, además de resignificar los estereotipos sobre el envejecimiento, nos invitan a fortalecer visiones más participativas e incluyentes de la vejez.

Los participantes del Proyecto Fotográfico-Gerontológico «Diálogo» son Carlos Aceves Shimizu, Susana Aguilar Cabañas, Beatriz Aurora Avelar Villegas, Arturo Baillet Sánchez, Alma Catalina García Jiménez, Ernesto Góngora Zepeda, María del Carmen López Valdelamar, Adelaida Ramírez Osorio, Margarita Siller Acosta y María Elena Torres Contreras.



«Las ciudades siguen siendo moldeadas para las y los adultos jóvenes en edad productiva y sobre todo para quienes son sujetos de crédito».

surgen de forma velada situaciones de inseguridad y violencia de género. Lo normal era que los niños varones tuvieran mayor libertad para salir a la calle; que las niñas permanecieran en casa y que en la pubertad aprendieran de sus madres y abuelas estrategias para evitar el acoso en el transporte público. Era muy común que niñas y niños jugaran, hicieran mandados o fueran a la escuela sin la compañía de un adulto; era una ciudad con pocos autos y, sobre todo, ausente de viaductos y ejes viales, de tejido denso y compacto, y redes vecinales sólidas. Era la experiencia de «la ciudad de los quince minutos» y que el urbanismo actual aspira a reconstruir.

En la memoria de las personas mayores, la vivencia de la calle era formativa y la conquista del espacio público se recuerda como un hito en el paso a la adultez, marcado por el inicio de la vida laboral o la escuela secundaria, en una época donde la adolescencia estaba socialmente en construcción. La pedagogía en diálogo con el urbanismo nos remite al concepto de ciudades educadoras, aspecto que hoy urge llevar a la práctica para alcanzar ciudadanías plenas formadas desde las edades más tempranas.

El futuro nos preocupa

Con la experiencia del ejercicio previo asimilada, llevamos a cabo, en un momento posterior, un experimento interdisciplinario con un grupo de infancias y adolescencias, en el marco de una colaboración con una organización de la sociedad civil dedicada al empoderamiento comunitario en una colonia popular del sur de la CDMX. El detonador del experimento fue una serie de retratos fotográficos de niños y niñas que vivieron en esta ciudad

Arriba

Algunos integrantes del Proyecto Fotográfico - Gerontológico «Diálogo». De izquierda a derecha: Arturo Biller, Carlos Baillet Sánchez, Carlos Aceves Shimizu, Amarilys Torrado Ramos (coordinadora general del proyecto), Beatriz Avelar Villegas y Alma García Jiménez, 2024.

Abajo

«¿Para eso me querías?»
Carlos Aceves Shimizu
2017.



hace 80 años (alrededor de 1940), las cuales azarosamente habían llegado a nuestras manos. Excepcionalmente, cada fotografía incluía el nombre, la edad y la dirección del infante, extrayéndolos así del anonimato y permitiéndonos imaginar su experiencia al poder estudiar las condiciones de vida de la ciudad en aquellos años.

El análisis de esos retratos en blanco y negro, la mayoría de estudio, posados y artificiales —como los propios jóvenes los describieron—, nos llevó a proponer a los participantes la producción de otra serie de autorretratos digitales —bajo el título —Cómo te gustaría que te recordaran dentro de 80 años— en los que pudieran expresar libremente su identidad. Para concluir el ejercicio, les sugerimos aplicar a sus retratos actuales un filtro de envejecimiento, una vez impresos los intervinieron con un collage de palabras que describiera su situación en el año 2100.

La primera reacción generalizada al descubrir sus retratos envejecidos fue: ¡Me parezco a mis padres! o ¡me parezco a mis abuelos! Lo cual en algunos casos era sorprendentemente cierto. Pero sobre todo prevaleció el desprecio a envejecer, tan arraigado en nuestra sociedad. Tarea ambiciosa será invertir este sentimiento y lograr privilegiar la experiencia u otras virtudes por encima del inevitable deterioro del cuerpo.

También nos llamó la atención cierto pesimismo, lo cual evidencia una preocupación sobre el deterioro ambiental y la realidad nacional marcada por la impunidad, al lado de la influencia de la ciencia ficción al referirse a robots que gobernarán el

mundo o incluso la posibilidad de un conflicto bélico global. Sin embargo, una imagen sintética del grupo lo distinguiría por el alto contraste existente entre un mundo futuro caótico y un futuro personal exitoso o armónico que converge con la feliz posibilidad de contar con la tecnología requerida para superar todos los problemas. Postura que podrían compartir con los infantes del siglo xx que les precedieron.

Comentario final

Cualquier espacio habitado se humaniza y adquiere significados que se modifican a lo largo del tiempo y en cada generación. Las identidades colectivas se definen con base en un grupo social y los espacios ocupados a lo largo de nuestras vidas. A través de estos ejemplos prácticos constatamos el potencial de la memoria viva, pues ésta fortalece la comunicación entre las generaciones de habitantes de la ciudad; sirve para reconocer emociones comunes, a pesar de los cambios del entorno construido; ayuda a significar o resignificar los espacios compartidos o sobrepuestos dentro del tejido social de la metrópoli.

La ciudad no sólo son las construcciones y los cuerpos que las ocupan, es también memoria convertida en nostalgia, transmitida en los relatos que se nutren de la experiencia interior de los círculos familiares y comunitarios. Es importante valorar e impulsar estos espacios desde la práctica del urbanismo y la arquitectura. La nostalgia de los viejos nos señala hacia dónde debemos encauzarnos para construir ciudades más amables para todos.

Referencias

Alba, Martha de

2013 *Vejez, memoria y ciudad: entre el discurso cotidiano y el recuerdo de la vida cotidiana*, CDMX, UAM/Porrúa.

Aparicio, A.

2019 *Implicaciones del envejecimiento demográfico en la planeación urbana de la ciudad de México*, tesis de licenciatura en Urbanismo, CDMX, UNAM. Congreso de la Ciudad de México (2022). *Iniciativa con proyecto de decreto por el que se reforma la Ley de Albergues privados para personas adultas mayores*. Disponible en <https://www.congresocdmx.gob.mx/media/documentos/399023551590e0a5c1dc1f7f2a9e88cf09f48cf7.pdf>

Herce, M.

2013 *El negocio del territorio. Evolución y perspectivas de la ciudad moderna*, Madrid, Alianza Editorial.

Quiroz, Héctor

2014 *Aproximaciones a la historia del urbanismo popular. Una mirada desde México*, CDMX, UNAM.

2015 «Urbanismo: entre la racionalidad y las emociones», *Bitácora Arquitectura*, núm. 30, pp. 4-13.

Quiroz, Héctor, y Érika Alcántar

2017 «Los compañeros de Carlitos. Infancia en la Ciudad de México a mediados del siglo XX», en *Infancia y Vejez. Los extremos de la vida en la ciudad*, CDMX, Posgrado Urbanismo-FA-UNAM, pp. 45-74.

Villoro, Juan

2018 *El vértigo horizontal. Una ciudad llamada México*, CDMX, Anagrama.

